UN DIA

DEL AÑO 1823,

R.19902

UN DIA

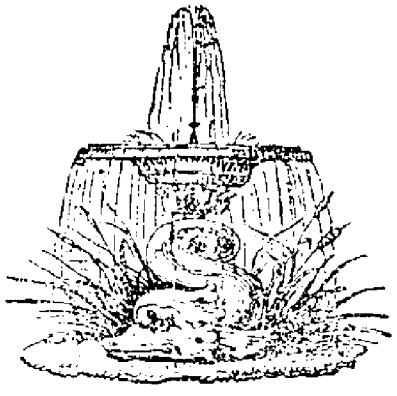
DEL AÑO 1823,

DRAMA ORIGINAL

EN DOS ACTOS

por Don Eugenio de Ochoa.

Teatro del Príncipe. = Agosto 1835.



MADRID.

IMPRENTA DE I. SANCHA.

.....« Pero el campo del liberalismo y del patriotismo es anchuroso, y no somos nosotros de los que desean reducir sus límites. Fuera de ellos debe ser considerado en verdad quien aboga doctrinas de persecucion y despotismo....Ni aun á los que están fuera de dichos límites miramos como criminales si pelean á buena ley y con armas no prohibidas. »

DON ANTONIO ALCALA GALIANO.

(19 *de Julio* 1835. -- *Revista Española.*)

Hace un mes, poco mas ó menos, leyó el autor de este drama en la Revista Española estas pocas palabras: cuatro dias despues, estaba compuesto y dado al teatro «UN DIA DEL AÑO 1823.» Porque en efecto, en estas filosóficas y nobles palabras se encierra, para todo el que sepa entenderlas, una gran verdad moral tan aplicable á los efectos dramáticos, como á la situacion presente de nuestra desgraciada patria. Creyó el autor de este drama, que, mientras en todas partes solo resuenan gritos de rencor y de vengan-

za, era accion digna de un buen español derramar algun bálsamo de paz en medio de tanta exasperacion; y accion digna de un poeta que sabe comprender la independencia del arte, presentar en la escena un asunto de circunstancias en que ni se adulase á los vencedores ni se insultara cobardemente á los vencidos.

Tal ha sido su objeto, con toda franqueza lo declara; y sea cual fuere el desempeño de su obra (cosa que no le toca discutir), el que escribe estas líneas tiene motivos para creer que el público de Madrid ha comprendido su idea y simpatizado tal vez con sus sentimientos. Muy dulce es para él esta recompensa de sus fatigas; pero lo es mucho mas la aprobacion íntima de su conciencia de ciudadano y de poeta.

PERSONAGES.

	Actores.
EDUARDO.	D. J. Romea.
RICARDO.	D. L. Fabiani.
CARLOS. } sus hijos. . . . . {	D. F. Romea.
LEONOR. }	D.ª V. Martin.
UN OFICIAL.	D. N. Lombia.
Soldados.	

La escena es en Cádiz, en casa de Don Ricardo.

ACTO PRIMERO.

Habitacion decentemente amueblada. — En el foro una puerta, y otra á la derecha del espectador. — Un balcon á la izquierda. — Es de dia.

ESCENA PRIMERA.

DON RICARDO *con una carta en la mano.* LEONOR *bordando.*

Ric. Ya lo has oido, Leonor: el miércoles salió de Sevilla agregado á un regimiento francés; con que es muy probable que hoy llegue á Cádiz.

Leon. ¡Ojalá!

Ric. ¡Qué gusto! ¡Si vieras qué ganas tengo de verle! ¡Pobre Cárlos! Dos años hace que se fué, y para un padre ausente de su hijo, dos años son una eternidad. ¡Vendrá hecho un moceton! Ya se vé..... las fatigas..... las marchas..... las contramarchas..... las acciones.... ¡Qué! Si ya me parece que le veo llegar hecho un Cid, con mas bigotes que un veterano, y con mas.....

Leon. Seguramente: estará muy guapo: siempre lo fue.

Ric. Y sobre todo, en su pecho cubierto de nobles cicatrices, en su pecho de veinte años, brillará tal vez la insignia de los leales.

Leon. Sí: puede que los franceses le hayan hecho merced de la flor de Lis. (*Con ironía.*)

Ric. ¡Qué mas quisiera él! ¡La flor de Lis! ¡Es toda una flor y toda una cruz la flor de Lis! Si yo la tuviera, ni para dormir me la quitaria.

Leon. ¡Qué! no se atreveria V. á ponérsela.

Ric. ¡Cómo qué..... ¿Y por qué? ¿No me pongo otras?

Leon. Que valen mas, ¿no es verdad?

Ric. ¡Pues ya se vé!

Leon. Lo creo; lo mismo les sucede á todas.

Ric. Mira, si no moderas tu lenguaje sedicioso, á todos nos perjudicas; á todos, ¿lo entiendes? Es decir, que no solo á tí, y á mí y á tu hermano.... sino á todos.

Leon. ¿Qué quiere V. decir con eso, papá?

Ric. Nada, nada; escusas hacerte la tonta, porque sé que me has entendido.

Leon. Si; ahora entiendo (*Con tristeza.*) lo que V. ha querido decir; pero ¿merecia yo de V. semejante sospecha? ¿Puede interesarme nadie en el mundo mas que mi padre y mi hermano?

Ric. Ya sé yo muy bien que tu no eres capaz..... Pero aun cuando asi fuera..... ¡Qué diablos! Yo se lo perdonaria á tus pocos años. Hoy es el dia de la victoria; hoy debe ser el dia del perdon.

Leon. Sí, esas son sus ideas de V., papá.

Ric. Ideas dignas de todo buen español, de todo amante de su Rey y de su Religion.

Leon. Si asi fuera, ellas solas bastarian para curar en poco tiempo las llagas de nuestra pobre España. Pero, de buena fé, papá, ¿cree V. que esas ideas sean las de los vencedores del dia? ¿Cree V. que la indulgencia, el perdon serán la divisa del nuevo gobierno? (*Se levanta.*)

Ric. Tal vez..... á mí no me toca meterme.....

Leon. No: V. no lo cree: V. no puede creerlo. Conoce V. demasiado el carácter rencoroso, cruel, de nuestros vencedores.

Ric. De nuestros libertadores.

Leon. Libertadores, vencedores, ¿qué mas dá? pues han tenido que vencernos para libertarnos. Pero sea V. franco: ¿cree V. en efecto que esas sean sus ideas? ¿Le parece á V. posible que lo sean?

Ric. ¿Y por qué no?

Leon. Pues si eso fuera asi, como V. dice que cree, ¿tendrian que abandonar su patria millares de españoles? ¿Veriamos cubierto el suelo de nuestra nacion de soldados estrangeros?.... ¿De libertadores, como V. dice? Y en fin ¿tendria que andar errante, proscripto, condenado á una muerte ignominiosa, digna solo de los traidores á su patria, quién?..... V. sabe muy bien de quien hablo.

Ric. Pues..... como si lo viera..... de Eduardo.

Leon. Si, digámoslo de una vez: hablo de Eduardo, de ese jóven tan desgraciado como poco digno de serlo; de ese jóven valiente, generoso, que, en recompensa de haberlo sacrificado todo por la patria, de haber derramado por ella hasta la última gota de su sangre, se halla condenado á muerte.... ¡por nuestros libertadores! De Eduardo, á quien V. mismo, á pesar de ser su enemigo en opiniones políticas, vencido por una gratitud, que debe ser eterna..... ¡eterna, si!.... porque le debe V. la vida de su hijo; por el ascendiente de sus virtudes, por su generosidad, por su patriotismo, tiene oculto en su casa para libertarle de la cuchilla de..... ¡de nuestros libertadores!

Ric. ¡Calla, imprudente!

Leon. Esta es la verdad, padre mio; esta es la verdad.

Ric. No señor, no es la verdad.

Leon. V. sabe muy bien que sí.

Ric. Pues aunque lo sea, tu no debes decirlo.

Leon. Tiene V. razon: no estan los tiempos para decir verdades.

Ric. Pues seria bueno que cualquier pelagatos tuviera derecho para decir.....

Leon. ¿La verdad?

Ric. ¡Muchacha!... (Es el mismo diablo esta muchacha.... ¡tiene un carácter mas firme!.... como yo.)

Leon. ¿Pero no tengo razon en eso que decia?

Ric. ¿Qué?.....

Leon. ¿De Eduardo?

Ric. Un tarambana, un alborota-pueblos, un botarate, que me ha dado mas disgustos con sus calaveradas.....

Leon. Que salvó la vida á vuestro hijo aun no hace un año; á mi hermano, que de rebelde ha ascendido á libertador.

Ric. ¡Ya se vé!..... un muchacho de algun talento.... abandonado á sí mismo..... sin tener quien le dé buenos consejos..... No es estraño que al pobre le hayan infatuado con esas ideas tontas..... Y luego.... su padre..... otro calavera como él; otro alborotador, sin pizca de religion. ¿Qué habia de resultar? El padre vá caminando hácia Inglaterra por esos mares de Dios, sin una peseta en el bolsillo, y con lo puesto. El hijo..... ¡Pobre muchacho!

Leon. ¿Pues no quiso don Felix tomar nada de V.?

Ric. ¡Qué! si tiene mas vanidad que don Rodrigo en la horca. ¡Pobre amigo mio! Hasta creo que me aborrece, porque no soy un tragalista como él. (*Enternecido.*)

Leon. ¿Le oyó V. alguna vez cantar el trágala?

Ric. No: pero todos ellos son unos tragalistas. Cuando vino á Cádiz, se lo dije. «Mira, Felix, que esto va á acabar mal para vosotros: ponte bien con

los que tanto has ofendido.» --No quiso.-- «Pues vete fuera de España antes de comprometerte mas. Si no tienes dinero, yo te lo daré.... ¿no somos amigos antiguos, verdaderos? Toma, toma.» --Nada, á la otra puerta. Pues, señor, ¿tengo yo la culpa? ¿Podia yo hacer mas? Pues el ingrato.... llega á Gibraltar y ni aun me pone dos letras. Sé por un amigo que se embarca para Inglaterra, y ni siquiera es para decirme :-- « A Dios, Ricardo, á Dios: tuyo hasta la muarte, Felix.» (*Lloriqueando.--Un breve rato de silencio.*) Pues como te lo digo.... estoy seguro de que vá enfadado conmigo. Por eso.... lo he dicho mil veces ¡malditas sean las guerras civiles, las guerras entre hermanos! ¡Malditas sean las ideas !.....

Leon. Pues yo me acuerdo que el dia que salió don Felix para Gibraltar, se abrazaron ustedes con tanta ternura !.....

Ric. Sí; yo tambien me acuerdo. ¡Pobre Felix! toda mi vida tendré presente el momento en que nos separamos: las últimas palabras que me dijo, estarán eternamente grabadas en mi corazon.

Leon. Sus últimas palabras fueron para recomendaros su pobre hijo Eduardo.

Ric. Y tu has visto, Leonor, si he cumplido su recomendacion. Ese muchacho, despues de haberse hecho famoso en toda España con sus calaveradas liberalescas, llega á Cádiz, resuelto como él dice, á defender hasta en sus últimas trincheras, eso que los de su partido, llaman derechos del pueblo. Continua aquí haciendo de las suyas; batiéndose contra el gobierno legítimo como un leon, porque lo que es eso, si; el muchacho es pundonoroso y valiente si los hay; en lo bueno y en lo malo, todo á su padre.

Leon. ¡Y en lo malo!

Ric. Pues como digo: llega á Cádiz; hace tales cosas, que..... ya se vé..... era preciso..... y luego..... su padre, que fue diputado..... ¡y de los que votaron!.... ¿Qué habia de resultar? Entra el ejército libertador, como debia suceder naturalmente: buscan á los cabecillas, y el primerito á quien toman en boca, ¿á quién habia de ser? á Eduardo. Le propongo que siga el ejemplo de su padre, y se vaya bendito de Dios: le proporciono los medios para hacerlo; pero el chico dice que nones; porque espera ¡buenas esperanzas! Cuando ELLA vuelva, que me la claven en la frente. El muchacho se obstina; le doy un asilo en mi casa; pues, señor, ¿qué mas podia yo hacer?

Leon. Si, papá: su corazon de V. es escelente.

Ric. Pues ya se vé que lo es. Nadie, nadie..... es que nadie ha sabido que le tengo en casa, ni lo sabrá.

Leon. Puede que todavía tuvieran corazon para prenderle.... ¡enfermo, débil, cubierto de honrosas heridas!

Ric. ¿Pero qué quieres, muger? Tu no reflexionas. Un chico que ha alborotado á Madrid y á Cádiz y á..... que todavía se las está jurando á todo el mundo.... y sobre todo lo que te digo.... hijo de un diputado..... ¡y de los que votaron!

Leon. ¿Y han de pagar los hijos las culpas de los padres?

Ric. No señor; pero las suyas propias, si: eso es de todo buen gobierno.

Leon. ¿Y cuáles son sus culpas? ¿Haber sido fiel á todos sus juramentos? ¿Haber defendido con las armas en la mano la libertad de su Nacion? ¿Haberse negado á rendir la espada á un general estrangero? Porque al fin, nuestros libertadores serán..... todo lo que V. quiera.... pero no son españoles.

Ric. ¡Jesus y qué entusiasmo por un trasto! Di que le quieres, y que el amor.....

Leon. ¡El amor!.... no, eso no: no es el amor, sino la justicia.

Ric. El amor.... si, el amor. (*Recalcando.*)

Leon. Pues bien; será lo que V. quiera.

Ric. Tu te has imaginado que porque soy amigo de su padre, porque quiero al chico y porque soy asi.... naturalmente bonachon.... ¿vas á hacer de mí lo que quieras? Pues no.... no.... Para amigo, santo y bueno; pero jamas entrará en mi familia un rebelde.

Leon. Bien.

Ric. Es que ya te he dicho que no.... ¿estás?.... y que es menester que renuncies á esa idea enteramente.

Leon. Bien, papá: haré lo que V. quiera. (*Enjugándose las lágrimas con su pañuelo.*)

Ric. ¿Lloras? (¡Pobre muchacha! Pero no, no: firmeza, valor: al fin es un rebelde.) ¡Ola! (*Haciendo el enfadado.*) (Todavía sigue llorando, y yo que no puedo verla triste, sin ponerme asi.... hecho un marica..... Nada, nada: en estos casos, lo mejor es irme; porque si no, hace de mí lo que quiere.) (*Dá la una.*) ¡La una!--Pues, señor, vamos por ahí á dar una vueltecilla..... á recoger noticias. Chica, sácame el sombrero y el baston. (*Vase Leonor.*) ¡Esta muchacha!..... me temo que nos ha de dar un disgusto.

ESCENA II.

DON RICARDO.--EDUARDO, *por la puerta de la izquierda, descolorido y enfermizo.--Luego* LEONOR.

Eduar. Al fin, ¿recibió V. carta de Cárlos?

Ric. Hace un rato.

Eduar. ¿Y cuándo llega?

Ric. Hoy probablemente, y ahora voy á saber la hora.

Eduar. ¡Hoy llega!.... A lo menos tendré el consuelo de estrecharle entre mis brazos antes de morir.

Ric. ¿Y porqué te has de morir? Un muchacho mas alto que un jayan y mas robusto....

Eduar. Lo fuí. Pero he derramado tanta sangre, Don Ricardo, que ya apenas tengo fuerzas para sostenerme. Puede que mi vida no alcance siquiera hasta la resurreccion de nuestra libertad.

Ric. ¡Oh! lo que es eso, ni aun la de tus nietos; porque solo los Dioses resucitan.

Eduar. Y la libertad, ¿no lo es?

Ric. ¡Bah! ¡Botaratadas! ¡Eh! (*A Leonor que sale.*) Trae, trae. (*Se pone el sombrero y toma el baston.*) Vamos á ver que novedades corren. Tu, Eduardo, prudencia, discrecion: ya sabes que te va el pellejo nada menos. Y tu, Leonor, no olvides lo que te tengo dicho. Ningun rebelde &c. A Dios.

ESCENA III.

LEONOR.--EDUARDO.

Eduar. ¿Tambien V. se va, Leonor? ¿Huye V. de mí, por ventura?

Leon. No: me quedaré si V. lo desea.

Eduar. Es que soy tan desgraciado, amiga mia, que la menor señal de indiferencia en las pocas personas que aun me conservan algun cariño, me despedaza el corazon. No lo estrañe V., Leonor, no lo atribuya V. á un orgullo mal entendido; pero me parece una injusticia que estas personas no me remuneren con su afecto del odio injusto que pesa sobre mí. ¡Son tantos los que me aborrecen!

Leon. Si; ya lo sé. ¡Pobre Eduardo!

Eduar. (*Se sienta en un confidente que habrá á la derecha del espectador: Leonor le escucha apoyada en el respaldo.*) ¡Oh! vivimos en unos tiempos bien aciagos, amiga mia; en una época de lágrimas y desesperacion. Los nombres de patria, libertad, honor nacional, tan dulces para el corazon de todos los buenos, están proscriptos como palabras infames. Sobre ellos, sobre todos los que osen pronunciarlos, pesa un horrible anatema.

Leon. ¡Si; es verdad!

Eduar. Por todas partes renacen los antiguos abusos: las prisiones resuenan con hondos quejidos exhalados por bocas españolas: los campos, las ciudades, los cadalsos humean con sangre española. Los rencores, las persecuciones, todas las plagas de la guerra civil han cubierto con un velo funeral esta desgraciada nacion. El sol de prosperidad que empezaba á brillar para nosotros, se ha eclipsado en su aurora: dó quiera que se dirijan nuestros ojos, solo encuentran horror, tinieblas, desolacion. ¡Leonor, Leonor! ¿qué será de nuestra pobre España? (*Se levanta.*)

Leon. Por Dios, Eduardo, serénese V.: ese estado de exaltacion continua en que V. se halla, no puede menos de ser muy perjudicial á su quebrantada salud.

Eduar. (*Se sienta.*) En efecto; yo ya no sirvo mas que para lamentarme como una muger; para llorar los infortunios de la patria, sin poder remediarlos: ademas yo solo ¿qué podria hacer?

Leon. V. ha cumplido ya en toda su estension, sus deberes de ciudadano. En la flor de la vida ha derramado V. su sangre por la patria.... pues bien; ¿esta conviccion profunda no debe servir de gran consuelo en los infortunios, Eduardo?

Eduar. ¡Oh! esas palabras son un bálsamo de vida para mi corazon.

Leon. A lo menos, deben servir para que V. se tranquilice.

Eduar. Mire V., amiga mia; el cielo sabe que ahora y siempre hablaré con V. como hablaria delante del tribunal de Dios. Aunque todavía soy jóven, muy jóven—aunque todavía me hallo en la edad del candor, de la buena fé; sin embargo, son tantos los desengaños que he sufrido en esta vida, que en nadie tendria ya bastante confianza para revelarle mis mas íntimos pensamientos, los secretos mas profundos de mi corazon. Pero en V. la tengo, Leonor: V. es un ángel enviado por el cielo para sembrar de flores lo poco que aun me falta que recorrer en la senda de la vida.

Leon. ¡Siempre ideas de muerte! ¿Por qué?

Eduar. La he visto tantas veces y tan de cerca, que no es estraño haya llegado á familiarizarme con ella.

Leon. Bien: pero esas ideas se irán disipando con el tiempo.

Eduar. ¡Jamás! Han echado en mi alma raices harto profundas, Leonor: he sufrido demasiado para conformarme á vivir mucho tiempo. Ademas, los dolores del cuerpo y los dolores aun mas agudos del alma, me anuncian que se acerca el término de mi vida.

Leon. ¿Tiene V. algun remordimiento, por ventura? ¿Está V. descontento de sí mismo?

Eduar. ¡No: lo juro! A V. sola puedo decirselo, amiga mia; pero cuando pienso en lo que he sufrido, creo sínceramente que pocos hombres han hecho por su patria tanto como yo. Por eso tambien, pocos hay tan desgraciados como yo. Este es el mundo, Leonor; esta es mi suerte.

Leon. Pero ese infortunio pasará pronto, y el consuelo de haber cumplido todos vuestros deberes será eterno.

Eduar. Tambien lo serán las amargas sensaciones que han dejado en mí los tristes sucesos de mi vida. Uno sobre todo—jamás, jamás se borrará de mi mente su fatal memoria.

Leon. Ya sé de que suceso habla V., Eduardo, y me aflije que lo recuerde ahora para aumentar sus pesares. Siempre es doloroso separarse de un padre querido; pero á lo menos sabe V. que está en seguridad.

Eduar. *(Pensativo y levantándose lentamente.)* Sí: me acordaré toda mi vida: estábamos solos en la playa; él, disfrazado de marinero, fijando en la arena sus ojos húmedos de lágrimas; un bote que debia conducirle á Gibraltar, le esperaba amarrado en la costa. Estaba el cielo cubierto de estrellas, y á lo lejos resonaba el tiroteo de los sitiadores y el estruendo de las bombas que caian sobre la ciudad. Cuando llegó el momento de la separacion—momento terrible, ¡Leonor! una mortal palidez, realzada por la triste claridad de la luna, cubria el rostro de mi padre, dándole un aspecto lúgubre como el de un cadáver: cuando toqué sus manos, las hallé húmedas y frias, como la losa de un sepulcro. Mucho debia sufrir el infeliz en aquel momento, porque su alma era fuer-

te, enérgica, y sin embargo lloraba entonces como un niño. Habia entrado ya en el bote y uno de sus pies hollaba todavía las arenas de la playa.—¡Hijo mio! ¡á Dios! me dijo alargándome la mano con ternura; piensa en la patria; piensa en la libertad.... ¡viva la libertad! ¡A Dios, á Dios!» Entonces se separó el bote de la orilla; cortaron los remos las sonoras aguas, y el viento próspero que le impelía hácia las rocas de Gibraltar, trajo á mis oidos las palabras de ¡PATRIA! ¡LIBERTAD! medio sofocadas por la distancia y por el lejano estruendo de la artillería.

Leon. ¡Triste recuerdo!

Eduar. Pasó el bote casi por medio de la escuadra enemiga, y como la noche estaba bastante clara, hubieron sin duda de descubrirle los centinelas del castillo. Al principio solo oí algunos tiros; luego una descarga cerrada; y en fin, pronto conocí que estaban desde algunos buques disparando cañonazos contra el fragil barco, mientras una multitud de lanchas le perseguian de cerca. ¡Qué horror!

Leon. Fué una espedicion atrevida la que hicieron ustedes aquella noche; y un verdadero milagro del cielo es que no nos haya costado muchas lágrimas aquella imprudencia.

Eduar. ¿Y qué podiamos hacer en aquella triste situacion? Los víveres se acababan en la ciudad; y aunque el valor, el entusiasmo eran siempre los mismos en el pueblo y en la guarnicion, era imposible resistir mucho tiempo. Todos conocian que la ruina de la ciudad era segura, si alguno, mas atrevido ó mas desesperado que los demas, no se sacrificaba por todos, pasando á Gibraltar á reclamar del gobernador inglés en nombre del gobierno español--de la libertad--de todo lo mas sagrado que hay para los hombres, que de un modo

á otro, se introdujesen víveres en Cádiz. Esta heróica ciudad no tenia ya mas recurso que rendirse--pero la atrevida espedicion de mi padre no produjo ningun resultado; y cuando ya se preparaba á volver á Cádiz, para pelear hasta morir en las filas de los valientes milicianos, supo que habian entrado los franceses en este suelo infeliz, cuna y sepulcro de nuestra libertad. Entonces, perdida ya toda esperanza, acosado por una política egoista y cruel, tuvo que decir un eterno á Dios á su patria querida, é ir á arrastrar en estranjeros climas la amarga existencia de los proscriptos.

Leon. ¿Y V. Eduardo, no quiso acompañarle? ¡Imprudente! Mi padre con su influjo hubiera podido obtener para V. un salvo conducto de la autoridad militar francesa. ¿Por qué no quiso V. salir de España, Eduardo?

Eduar. ¡Ingrata!

Leon. ¡Cuántas pesadumbres, cuántos sobresaltos nos hubiera V. evitado á sus verdaderos amigos! A mí sobre todo.

Eduar. ¿Le es á V. enojosa mi presencia?

Leon. ¡Oh!

Eduar. Pues entonces ¿para qué me pregunta V. lo que sabe tambien como yo mismo? ¿Dice V. que por qué no he salido de España? ¡Dios mio! ¡Y V., Leonor, V. es quién me lo pregunta! ¡Cruel!!!...

Leon. Basta: mudemos de conversacion.

Eduar. V. lo sabe, amiga mia: siendo aun muy niño, perdí las dulces caricias de mi madre; y este primer infortunio, este principio de aislamiento total, solo sirvió para reconcentrar todos los afectos de mi alma en el amor de la patria y en el de mi padre. ¡Ellos fueron el objeto de todas mis esperanzas en este mundo, hasta que la conocí á V., Leonor!..... Entonces penetró en mi corazon otra esperanza de

felicidad. Creí por algun tiempo que esta iba á desvanecerse para mí, como todas. Cárlos, su hermano de V., mi mejor amigo, abrazó el partido contrario del que yo defendia, y lo sostuvo con las armas en la mano en el ejército de la fé, con una intrepidez digna de mejor causa. La suerte hizo que cayera prisionero en mis manos; y cuando, atropellando las leyes crueles de la guerra, le puse en libertad, salvándole la vida á costa de la mia, esperé que este sacrificio conmoveria el corazon de su padre de V., y que acabada la guerra, cuando tranquilo ya por la suerte de su hijo, pudiera pensar en la de su hija querida, recompensaria tal vez mi ternura. ¿Me habré engañado, Leonor?

Leon. ¡Dios mio!

Eduar. Si asi fuera, este suceso romperia el último lazo que me une á la vida.

Leon. ¡Oh! no, ¡eso no!

Eduar. Hasta ahora todas mis esperanzas se han desvanecido como un sueño. Ya solo me queda una.

Leon. Y si yo le dijera á V. que esa esperanza es ilusoria, Eduardo: si yo le dijera á V. que es menester renunciar á ella para siempre, ¿dejaria V. por eso de amarme?

Eduar. ¡Jamás!

Leon. Pues bien, renuncie V. á esa esperanza.

Eduar. ¿A la vida?

Leon. ¡Insensato! Esa vida de que V. habla con tanta indiferencia, no se la dió á V. el cielo para que la consagrara esclusivamente al amor. La patria, Eduardo, la patria, á quien todavía puede ser útil, la reclama.

Eduar. ¡La patria! si; es verdad.

Leon. Y luego, ¿quién sabe? Puede ser que algun dia... *(Se oye en la calle ruido de trompetas.)* ¿Pero qué es esto?

Eduar. ¿Qué ha de ser? Algun regimiento de *libertadores*, que entra en la ciudad. Veamos.

Leon. ¡Imprudente! ¿qué vá V. á hacer? (*deteniendole.*) Si le ven á V. desde la calle, somos perdidos.

Eduar. Pues bien; asómese V. sola.

Leon. Es un regimiento de lanceros, rodeados de un inmenso gentio.

Eduar. Y sin embargo no se oye una sola aclamacion. ¡Silencio sublime! ¡Cadiz! ¡patria mia! ¡pueblo generoso! Con orgullo puedo llamarme tu hijo.

Leon. ¡Cárlos!!.. Alli vá, alli vá. ¡Cárlos! (*Saludándole desde la ventana con el pañuelo.*)

Eduar. !Cárlos! ¡mi amigo!

Leon. Por Dios, retirese V.

Eduar. ¡Cárlos! ¡quién sabe si tu tambien verás en mí un enemigo!

Leon. No. No. (*Llaman á la campanilla.*) ¿Llaman? ¿Quién será? ¡Eduardo!

Eduar. Si; voy á retirarme. (*Vase.*)

Entra un criado, y se va despues de haber dado una carta á Leonor.

Leon. Ya puede V. salir: es una carta de mi padre. (*lee*) «Hija mia tu hermano va á llegar de un momento á otro: prepara todo lo necesario para él: cuarto, cama – en fin, todo. Corren malas noticias: se prepara una contrarevolucion – hay una conspiracion – la tropa vá á ponerse sobre las armas. Prudencia, prudencia en *todos* los de mi casa: ¿estás? Yo me quedo á esperar á Cárlos.» ¡Cielos! ¿qué sucederá?

Eduar. «Se prepara una contrarevolucion.... hay una conspiracion.» (*leyendo.*)

Leon. ¡Prudencia por Dios!

Eduar. ¡Alguna loca tentativa; tal vez alguna intriga para sacrificar nuevas víctimas!

Leon. Eduardo ¿ me promete V., suceda lo que suceda, no salir de casa? Aqui está V. seguro, ¡ y fuera!... ¡Solo de pensarlo me horrorizo! ¡Ah! oigo ruido (*llaman á la campanilla.*) de armas. ¡Cielos! ¡mi hermano!

Eduar. ¡Cárlos!

ESCENA IV.

Dichos.--DON RICARDO.--CARLOS, *con uniforme de lanceros.*

Ric. ¡Aqui está.... aqui está nuestro héroe!

Cárl. ¡Leonor mia! ¡Y tu tambien, Eduardo, tu aqui! (*Se abrazan.*)

Ric. Todos, todos aqui.

Eduar. ¡Amigo mio! (*Apretándole la mano.*)

Cárl. ¡Mi libertador! ¡Mi amigo! ¿quién habia de decir cuando me cogiste prisionero junto á Lerma, que ahora habias tu de ser mi prisionero en Cádiz?

Ric. Ea: á no perder tiempo. Tu tienes que volver al cuartel dentro de un momento.

Cárl. No: dentro de un cuarto de hora.

Eduar. Pues qué hay?

Cárl. Nada: que quieren que estemos sobre las armas. Dicen que algunos milicianos tienen tramada una conspiracion. (Eduardo, tengo que hablarte.) (*Al oido.*)

Eduar. (¿Qué será?) Bien.

Ric. Supongo que antes de irte tomarás un tente en pié: para dar sablazos no hay como tener la panza llena. Con que, muchacha, haz que le preparen inmediatamente algo que tragar: unas magras con huevos; un par de pollos; unos chorizos; cualquiera friolera.

Cárl. Pues; un bocadillo.

Ric. Y el cuarto para luego: buena cama. Quítanos un colchon á cada uno. ¡Estarás rendido! ¡ya se vé--un guerrero! ¡y despues de una campaña!

Cárl. ¡Y qué campaña! (*Con ironía.*)

Ric. Por supuesto. Vamos, vamos, despacha. Yo tambien voy á ayudarte. Con que, hasta luego.

Leon. A Dios.

Cárl. A Dios, prenda. (*Se dan la mano.*)

ESCENA V.

EDUARDO. -- CARLOS.

Eduar. Supongo, Cárlos, que lo que tienes que decirme no será desagradable ni para uno ni para otro.

Cárl. Asi lo espero; pero ante todas cosas exijo de tí el mas profundo sigilo. Es muy importante lo que voy á decirte, y no quiero que mi padre ni mi hermana sepan una palabra de ello por ahora.

Eduar. Bien, Cárlos.

Cárl. Pues para ahorrar palabras, te diré redondamente el asunto de que se trata. Es cosa que tu no te esperas, Eduardo; y que acaso te haga formar de mí una idea poco favorable, si conservas todavía aquellos principios rígidos.... pero no importa. Cuando conozcas mis motivos, tu me disculparás. De poco tiempo á esta parte han variado mis opiniones políticas.

Eduar. ¿Qué dices? (*Con alegría.*)

Carl. Si. Pero antes de condenarme, escucha mis razones. Tu sabes que despues de haberse proclamado la Constitucion, fuí á reunirme con una de las facciones del Norte.... por conviccion, lo juro; y tu sabes que yo nunca he jurado en falso. Bajo las órdenes

de mi gefe, hice la guerra como buen soldado á los enemigos de mi causa. Una guerra terrible, Eduardo, como todas las guerras civiles; pero, al menos por mi parte, una guerra noble, de partido á partido, en que con las armas en la mano, defendí lo que creia justo. Al principio la suerte de las armas fué poco favorable á los mios; el partido constitucional obtenia continuamente nuevos triunfos. Yo lo sentia, porque pensaba que de nuestras victorias dependeria la felicidad de la patria; pero el cielo sabe que siempre me opuse con una tenacidad, que mil veces estuvo á punto de serme funesta, á toda idea de intervencion estranjera. Yo hubiera querido vencer, pero que hubieramos vencido solos. Entonces todos eramos españoles, Eduardo.... las victorias y las derrotas podian ensalzar ó abatir un partido; pero no podian humillar á la nacion, y la nacion era el ídolo de los tuyos, como era tambien el ídolo de mi corazon. Pero toda mi resistencia fué inútil; voces mas poderosas que la mia se levantaron pidiendo un ausilio, que podia darnos la victoria; pero la gloria, no. Llegó este ausilio; cien mil bayonetas estranjeras penetraron en nuestro suelo, y las que antes eran partidas errantes de facciosos, se convirtieron en un ejército formidable, pero que nosotros mismos no nos atreviamos á llamar español, porque realmente no lo era. ¡Oh! si vieras ¡cuántas humillaciones, cuántos desaires tuvimos que sufrir los pocos que aun contábamos por algo á la España en aquella guerra!

Eduar. Justo castigo del cielo, ¡Cárlos! ¿Habia de quedar impune semejante traicion?

Cárl. Estas humillaciones, nuestro orgullo nacional continuamente ajado con los actos de nuestros nuevos aliados, todo contribuyó á hacer variar el órden de mis ideas; á hacerme despreciar mi propio

partido.... en fin, á hacermele tan odioso, como los mismos que venian de fuera á sostenerle. Empezé á conocer que la causa que defendiamos, podia muy bien no ser la causa nacional; en fin, Eduardo, me arrepentí profundamente de haber cedido á antiguas preocupaciones. Pero tú conoces el pundonor militar; las leyes terribles de la guerra; ademas, ¿qué podía yo hacer? ¡Los que pensaban como yo eran tan pocos!

Eduar. Y en fin, ¿qué resolviste?

Cárl. En ninguno de los pueblos por donde pasé, conocia á nadie de quien fiarme. Toda mi esperanza se cifraba en Cádiz.—«En aquel pueblo donde me he criado, me decia, donde tengo tantos amigos, hallaré alguna alma que simpatice con los remordimientos de la mia; que me crea digno aun de pelear contra la causa de los estrangeros. Y si hay algunos que sientan con tanta energía como yo, todavía podré remediar muchos males, ó lavar á lo menos con mi muerte el baldon que pesa sobre mí.»

Eduar. Bien, Cárlos, bien: (*Dándole la mano.*) esas ideas son dignas de un patriota. Pero dime, ¿cuáles son ahora tus esperanzas? ¿por qué has entrado en Cádiz con un regimiento francés?

Cárl. Conmigo han entrado bajo diferentes pretestos muchos jóvenes españoles animados de los mismos sentimientos que yo. Casi todos tienen en Cádiz secretas inteligencias con los principales patriotas de la ciudad, y su plan es dar un golpe de mano atrevido, inesperado. Para ello cuentan con la cooperacion de este pueblo eminentemente liberal, y con el noble entusiasmo que producirán en él los cantos patrióticos, la vista de los uniformes nacionales y los gritos de «¡VIVA LA LIBERTAD!»

Eduar. Pero Cárlos, ¿te parece realmente que ese

plan es practicable? ¿Habeis calculado las fuerzas de los enemigos?

Cárl. Mira.... entre los mismos franceses que han entrado con nosotros, hay muchos..... lo sé positivamente, que ya que no nos presten un auxilio directo, permanecerán neutrales á lo menos.... y esto es lo que deseamos. Nosotros solos y los patriotas de la ciudad bastamos para vencer.

Eduar. ¿Y quién te asegura que no es todo eso un artificio infame para sacrificar á la flor de los valientes? ¿Que no es acaso una invencion de la misma policía? Cárlos, tu no conoces á nuestros enemigos. Tus ojos no pueden penetrar los misterios de aquellas almas sanguinarias. ¿Has contado con su perfidia? ¿Has calculado los medios que poseen para ejecutar sus infernales tramas?

Cárl. Yo nada he calculado, Eduardo, sino que estoy resuelto á morir por libertar á la patria de la indigna tutela en que se halla.

Eduar. Piensa en las consecuencias de esa tentativa desesperada, Cárlos; considera mi situacion, que tal vez mañana será la tuya. Ya lo ves; yo no he hecho mas que lo que tu intentas hacer; y mis esfuerzos han sido inútiles, y me hallo condenado á la muerte infame de los traidores. (*Cárlos se muestra abatido.*) Tu tienes un padre, Cárlos; tienes una hermana.

Cárl. ¡Mi hermana! Si; ¡Pobre Leonor! Pero..... si no me engaño, mientras tu vivas, no la faltará sobre la tierra un protector, ó por mejor decir, un esposo.

Eduar. ¡Yo! ¡su esposo! ¡Ah!

Cárl. ¡Pues qué! ¿habrás tu variado de opinion en punto á amores, como yo he variado en punto á política?

Eduar. No, Cárlos..... Pero no hablemos mas de eso.

Tu padre no concederá jamas la mano de Leonor á un rebelde.

Cárl. ¿Qué dices? No; eso no será así. Cuando vea en su hijo un rebelde, conocerá que no es tan fiero el leon como le pintan. Cuenta conmigo.

Eduar. Bien. Pero mira, Cárlos; yo no apruebo ese plan de que me has hablado antes, porque estoy seguro de que será inútil, y de que costará muchas vidas. ¡Cárlos! ¿me prometes renunciar á él?

Cárl. Silencio. Mi padre.

ESCENA VI.

Dichos. -- DON RICARDO. -- LEONOR.

Ric. Ea, señorito: ya estan las magras y los huevos y los pollos; con que, á abrigar el estómago.

Leon. Yo misma te he hecho el almuerzo y la cama.

Cárl. ¡Querida mia!

Ric. Vamos, vamos, que el tiempo se pasa, y hace un hambre.....

Cárl. Si, vamos. ¿Pero qué?..... (*Se oye tocar generala.*) ¡El toque de llamada! (*Se pone el sable y el chacó precipitadamente.*) A Dios, á dios.

Ric. ¿Te vas?

Cárl. Es preciso.

Eduar. ¡Cárlos, por Dios! no olvides lo que te he dicho.

Cárl. Bien, bien. A Dios.

Ric. ¿Y por qué no le han de dejar almorzar? ¡Pues está bueno! Caramba.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion que en el anterior.

ESCENA PRIMERA.

LEONOR, *junto á una ventana.*

Leon. Ya ha cesado el ruido en la calle y parece que todo está tranquilo. ¡Oh Dios mio, Dios mio! ¿en qué pararán estas terribles discordias? ¿Cuándo acabarán nuestras inquietudes? Dos meses de un sitio cruel habian sumergido ya á esta desgraciada ciudad en el colmo de la afliccion, pero á lo menos nos quedaba por única recompensa la tranquilidad..... ¡la tranquilidad de los sepulcros!.... cuando ahora amenazan renacer de nuevo todos los horrores de la guerra. (*Vuelve á la ventana.*) Pero ya nada se oye.... puede que todo se haya acabado. ¡Ojala!

ESCENA II.

LEONOR. — DON RICARDO.

Ric. Pero en fin, ¿qué hay? ¿qué sucede? Yo estoy en Bavia: yo me vuelvo loco.

Leon. Nada, papá. Parece que ya todo se ha acabado. Habrá sido algun motin.

Ric. Preciso, alguna rebelion de esos alborotadores. Eso de que ellos se han de estar quietos.... Imposible.

Leon. ¿Que sabemos lo que habrá sido?

Ric. Deseando estoy que vuelva Eduardo.

Leon. ¡Eduardo!

Ric. Si; á ver que nos cuenta de nuevo.

Leon. ¡Eduardo, papá! ¡Eduardo! ¿Habla V. de veras? ¿Ha salido?

Ric. ¿Pues no lo sabias?--Toma, y es verdad, ahora que me acuerdo, que me pidió por todos los santos del cielo que nada te dijera. ¡Pues me he lucido!

Leon. ¡Dios mio, Dios mio!

Ric. Mira.... ya que lo sabes, no hay inconveniente en decírtelo. El pobre muchacho, como tiene tan buen corazon, apenas se oyó bulla en el pueblo, no pudo contener su impaciencia por saber que era de Cárlos en aquella zalagarda. Yo bien quise detenerle; ¡pero qué!..... Se pone la chaqueta bordada de Perico, su sombrero calañés, se emboza en la capa hasta las cejas, y sale por ahí á ver.

Leon. ¡Y V. le dejó salir! ¡Oh! ¡nunca lo hubiera creido de V.!

Ric. ¿Pero qué habia yo de hacer?

Leon. ¿Qué? (*levantándose.*) Lo que hubiera V. hecho por su hijo en igual caso. Haberlo impedido con súplicas, con lágrimas, con la fuerza, si preciso fuera..... ¡Oh! ¡yo soy una débil muger y ya hubiera sabido impedirlo!

Ric. Pero tu no sabes quienes son esos liberales.... tu no sabes lo tenaces, lo testarudos que son. En diciendo una vez si.... si ha de ser contra viento y marea. ¡Oh si fueran como nosotros!.... nosotros nos dejamos manejar como unos borreguitos.

Leon. ¿Pero es posible, papá? ¿Ha tenido V. valor para dejarle salir? Y precisamente hoy cuando hay alboroto en el pueblo.

Ric. No: me prometió que no se meteria en nada.

Leon. Pero si llegan á conocerle.... ¡Oh! la menor imprudencia puede costarle la vida. ¿Pero dónde ha ido? ¿dónde está?

Ric. Y con tanto pensar en él, ni aun te acuerdas de tu hermano.

Leon. Mi hermano está en seguridad.—Pero él.... ¡Dios mio! Le habran cojido. Es menester enviar á alguno que se informe por todas partes.... ¿Hace mucho que salió?

Ric. Si, ya hace un buen ratillo.

Leon. ¡Oh! no hay remedio: su imprudencia de V. le ha costado la vida. ¡Qué horror! (*Llaman.*) ¿Quién será? ¡Ah! ¡Eduardo!

ESCENA III.

Dichos.—EDUARDO, *vestido de majo y embozado en su capa.*

Ric. ¿Y Cárlos? ¿qué es de él?

Eduar. No hay que asustarse: está en seguridad.

Ric. ¿Cómo?

Eduar. Pues qué ¿no saben ustedes nada?

Ric. Hombre.... cuéntanos.... ¿pues qué ha habido?

Eduar. Una imprudencia de Cárlos, que hubiera podido sernos muy funesta á todos: una verdadera calaverada. Mientras estaba antes aquí hablando con nosotros, corrieron voces por el pueblo de que algunos patriotas habian tomado las armas en diferentes puntos de la ciudad. Cierta ó falsa, esta noticia llegó á oidos del Gobernador militar, quien

al punto mandó tocar generala, y que todas las tropas se pusiesen sobre las armas.

Ric. Pues: aquellos tambores que oimos. Adelante, adelante.

Eduar. Cárlos acudió como todos á reunirse á sus banderas..... pero con ideas muy locas, Don Ricardo, muy funestas para la tranquilidad de su familia.

Ric. ¡Ay, ay, ay!

Eduar. En una palabra, al salir del cuartel, Cárlos, rodeado de algunos pocos oficiales y soldados españoles, se adelantó de sus filas con espada en mano, gritando con toda la fuerza de sus pulmones.... cosas que en el dia no se pueden gritar sin ponerse bajo la jurisdiccion del verdugo.

Ric. Eduardo, tu sueñas.

Eduar. Los pocos españoles que le acompañaban, gritaron tambien con él «¡VIVA LA LIBERTAD!» y escepto los pocos que en el primer arranque de sus caballos, lograron salir de la formacion, todos los demas se vieron en un momento rodeados de infinitas bayonetas, y algunos.... los mas... regaron el suelo con su sangre.

Leon. ¡Oh!

Ric. ¿Y Cárlos?

Eduar. Cárlos no fué de estos últimos. Montado en un escelente caballo, salió de las filas al frente de los primeros, con el sable en mano, y gritando mas que todos.... ¡Pobre Cárlos! No favoreció la fortuna su generoso designio: cayó su caballo al suelo atravesado de una lanzada, y el pobre muchacho, abandonado de casi todos sus compañeros, hubiera sucumbido seguramente al número de sus enemigos, si.... si el cielo no lo hubiera dispuesto de otro modo.

Ric. ¡Hijo mio! ¿Y ahora qué es de él? ¿dónde está?

Eduar. Ahora está en seguridad. Un amigo de V. le ha dado un asilo en su casa como V. me lo dió á mí en circunstancias semejantes. Yo le he visto: sé que no corre ningun peligro, y vengo á disipar la inquietud en que deben estar ustedes por su larga ausencia.

Ric. ¡Dios mio! ¿qué es lo que me sucede?

Eduar. Temia que algun imprudente, alguno de esos hombres que no tienen otro oficio que el de dar malas noticias se adelantara á contar á ustedes la desgracia de Cárlos. Esta es la verdad, D. Ricardo; deponga V. toda inquietud por la suerte de su hijo.

Leon. ¡Amigo generoso!

Ric. ¡He aquí los efectos de las malas compañías! ¡He aqui el resultado de tratar con botarates sin juicio, sin pizca de lealtad!....

Leon. Por Dios, papá.

Ric. ¡Calla! no me irrites. Y V., señor D. Eduardo, ¿asi se paga el cariño, la hospitalidad de un antiguo amigo? ¿Asi se corrompe el corazon de un jóven sin esperiencia, calentándole la cabeza con ideas de rebelion, de bullanga? ¿Asi se le espone á una muerte afrentosa, sepultando á una familia entera en las lágrimas y en la desesperacion? ¡Por que lo sé.... es inútil disimularlo.... tu.... usted es quién le ha inspirado una accion tan... usted!... ¡conducta digna de un revolucionario, de un liberal!!....

Leon. ¡Padre mio!

Ric. Mirale, mira como sonrie orgulloso de su proeza.... Si no mirara.... ¡Ingrato! ¿mereciamos eso de tí?.... y ¿eras tu el que amabas á Leonor? Primero....

Leon. Pero, señor....

Ric. Callate.

Eduar. Dejele V. hablar, Leonor: dejele V. que me haga con su injusticia agotar el cáliz de la amargura. ¡Estoy ya tan acostumbrado !....

Ric. Mi injusticia.... ¿Pues qué puedes decir en tu defensa?

Eduar. Ahora nada, Don Ricardo, porque no quiero esponerme á la afrenta de que un hombre dude impunemente de mi sinceridad.

Leon. ¿Quién puede dudar de ella, Eduardo? ¡Oh! diga V. toda la verdad.... siquiera por mí.

Eduar. Pues bien; por V. la diré, Leonor, aunque ella haga recaer toda la culpa sobre mi amigo. Yo no he tenido parte alguna en la descabellada resolucion de Cárlos, no por otra cosa, sino porque no me pareció oportuna. Esta es la verdad bajo mi palabra de honor.

Leon. Ya lo oye V., papá.

Eduar. No solo no he tenido parte en ella, sino que he procurado disuadirle de su loco designio con todas mis fuerzas; y el cielo sabe que sino le acompañé al cuartel cuando salió de aqui, no fué por miedo de los peligros á que me esponia, sino porque no le creia bastante insensato para llevarle á cabo. En prueba de ello, á la primer señal de tumulto que llegó á mis oidos, salí de esta casa hospitalaria, resuelto á hacerle mudar de resolucion, ó á morir en defensa de mi amigo, del hermano de Leonor.... de vuestro hijo, Señor Don Ricardo.

Ric. Hombre.... como yo no sabia.

Eduar. Esta es la conducta de un buen amigo.... esta es la conducta de un revolucionario.... de un liberal.

Ric. Eduardo, supongo que no me guardarás rencor....

Eduar. Rencor.... á nadie. Pero tengo que mudar de vestido y la escursion extraordinaria de hoy me ha

rendido sobre manera. Si V. me lo permite, voy á tomar algun descanso para reponer mis fuerzas; acaso tendré hoy que emplearlas de nuevo en obsequio de la vida.

Ric. Mira.... echate en la cama de Cárlos.... es la mas blanda. Lo mismo se hunde uno que.....

Eduar. Gracias.

ESCENA IV.

RICARDO. — LEONOR.

Ric. He aqui un muchacho, que sino fuera asi.... tan liberal.... tendria un escelente corazon.

Leon. Liberal y todo, no ha dudado en esponerse á los mayores peligros por nuestro Cárlos.

Ric. ¡Cárlos! Pero sabes que si es cierto lo que nos ha dicho....

Leon. ¿Pues no ha de serlo?

Ric. Pues digote que de todo lo que nos ha contado, resulta que el chico es un desaforado revolucionariote.... Que no hay mas.... Sobre que se ha hecho un liberalon.... ¡Haya picaruelo!

Leon. Se habrá convencido de que su conducta hasta ahora no ha sido la mas gloriosa. Con harto dolor lo digo, porque al fin, V. sabe si nadie en el mundo le ama con mas ternura que yo.

Ric. Si señor: se ha hecho un Jacobino, un.... ¡Pero has visto que travieso! Pues mira; eso mismo prueba su buen corazon: ahora que los vé caidos, se une á ellos. ¡Bien, bien! eso es una prueba de generosidad, de nobleza de alma.

Leon. Generosidad y nobleza que hubieran podido costarle la vida.

Ric. Pues hubiera sido una tropelia, una maldad,

una infamia. ¡Pues qué! ¿No ha de poder un hombre decir lo que quiera? Las opiniones son libres; y al fin y al cabo, no es tan gran delito ser poco amigo del poder absoluto.

Leon. Tiene V. razon. ¡Ojalá hubiera V. pensado siempre de ese modo!

Ric. Todos los pueblos del mundo, asi antiguos como modernos, han celebrado la libertad como cosa apetecible y santa. Y sobre todo, Cárlos dice bien: lo que le hacen á uno tomar por fuerza, nunca le sabe tan bien, como cuando lo toma uno por su gusto, y porque le da la gana. A nadie le puede gustar ver su pueblo lleno de gentes que arman un guirigai, y la echan de amos y.... Yo mismo, sin ir mas lejos, cuando veo tantas bocas que piden pan y no lo piden en español, me da un gusto como si me escaldaran.

Leon. Pues esas son las ideas de Eduardo, papá.

Ric. Ya.... pero Eduardo es otra cosa.... Eduardo es.... es.... (*Llaman.*) un.... ¿Quién será? Anda á ver.

ESCENA V.

RICARDO.--*Luego* LEONOR.--*Luego* CARLOS.

Ric. Cuanto mas pienso en ello, mas me convenzo de que lo que ha hecho Cárlos no pasa de ser una locurilla de muchacho.... ¿Pero qué?.... ni aun eso. Una accion generosa, si señor, una accion generosa. ¡Qué diablos! ¡La patria, la independencia antes que todo!

Leon. Papá, papá.... adivine V. quien es.... Cárlos.

Ric. ¿Cómo? ¿qué? (*Quiere salir.*)

Leon. Espere V., espere V.: se está quitando las barbas.

Ric. ¡Loca! sino las tiene.

Leon. Y los manteos y los hábitos y la coronilla.... ni mas ni menos que un huevo pasado por agua.... ¡Viene vestido de capuchino!

Ric. ¡Hijo mio!

Cárl. ¡Papá! ¡Leonor¡ (*Dándoles las manos.*) Que impaciencia tenia por ver á ustedes. Al fin, gracias á Dios, ya estoy aqui.

Ric. Pero como te has atrevido á venir por ahi, despues....

Leon. ¿Pues no se lo digo á V.? Vestido de capuchino.

Cárl. Tiene razon mi hermana. Este cuerpo indigno se ha ceñido con el santo cordon de San Francisco: en esta cabeza que ha de comer la tierra, ha brillado la venerable tonsura de los que viven en el señor, humildes siervos. Solamente, papá, que los hábitos no eran mios, y que la tonsura era postiza.

Ric. ¡Muchacho! (*Riendo.*)

Cárl. Su amigo de V. Don Anselmo, en cuya casa he hallado un refugio, despues de esa terrible zaracina, tenia un hijo fraile que, apenas estalló la revolucion del año 20, salió del convento y se metió soldado. Pero por un escrúpulo muy natural en un jovencito tan digno como él, no quiso llevarse los hábitos al ejército, y se los envió á su padre muy bien empaquetados, juntamente con el cilicio y las disciplinas. Estos son los hábitos que ahora me han servido para atravesar las calles con seguridad, y satisfacer la impaciencia que tenia de dar un abrazo á las personas que mas amo en este mundo.

Ric. ¡Hijo mio!

Cárl. Aunque Don Anselmo y su muger y sus hijas.... por mas señas que creo que una de ellas me miraba con buenos ojos.

Ric. ¿La Juanita, no?

Cárl. Esa.

Ric. ¡Qué demontre de muchacha! Lo mismo hace con todos los hombres.

Cárl. Pues como digo, aunque no querian dejarme salir, no hubo remedio: endoso los hábitos, me calo la capucha hasta las cejas, y cátame en la calle echando bendiciones, y edificando á cuantos me veian con mis ojos bajos á lo novicio, y mi porte grave lleno de beatitud y mansedumbre apostólica.

Leon. ¿Pero si llegan á descubrir que estás aquí?

Cárl. Lo mismo lo hubieran descubierto en cualquiera otra parte, y aun mas fácilmente; porque al fin, ¿cómo diablos han de ir á imaginarse que sea bastante torpe para refugiarme en casa de mi padre? Apuesto á que aunque se lo digan no lo creen.

Ric. Tiene razon: lo mismo digo yo.

Leon. Pero.... vaya: cuéntanoslo todo.

Cárl. ¡Amigos mios! he corrido un verdadero peligro.... un peligro inminente; y á fe que es un milagro que esté yo aquí para contarlo. A no ser por mi escelente amigo Eduardo.... ¿supongo que estará en casa, eh?

Ric. Si. ¿Pero qué? cuéntanos.

Cárl. ¿Pues no saben ustedes?....

Leon. No. Eduardo solo nos ha hablado de tí, de tus peligros.

Cárl. ¡Eduardo! ¡generoso Eduardo! ¡Qué nobleza de alma la suya! Pues sepa V., papá, que á él, á él solo, debe V. el abrazar ahora á su hijo.

Leon. Bien, Eduardo. ¡Bien! (*Entusiasmada.*)

Cárl. Cuando cayó al suelo mi caballo atravesado de una lanzada, quedé yo por tierra desarmado, dolorido, y viendo ya de cerca las puntas de cien

espadas dirigidas contra mi pecho. Miraba ya mi muerte como segura, cuando de repente ví un hombre junto á mí, vestido de majo, con la capa arrollada en el brazo izquierdo, y menudeando cuchilladas á todos lados que era una delicia el mirarlo. Al principio no le conocí, ya fuera por su trage, ya por la turbacion de ánimo en que yo me hallaba. Pero al reconocer á Eduardo.... yo no sé lo que sentí entonces en mi corazon. Un valor sobrenatural me animó de repente; sentí triplicarse las fuerzas de mi brazo; y uniendo mis esfuerzos á los de Eduardo, al cabo de poco logramos salir de aquella barahunda: pero no hubiéramos tardado en ser cojidos prisioneros, si la mucha gente que acudió al sitio de la pelea, viendo que éramos españoles y que íbamos á perder la vida, no se hubiese arremolinado con una destreza singular para impedir el paso á nuestros enemigos. La caballería no se atrevió á dar una carga por temor de irritar al pueblo, que permanecia neutral; y asi pudimos continuar nuestro camino. Ni un solo momento se separó Eduardo de mí hasta dejarme en seguridad en casa de Don Anselmo, donde ningun enemigo nos habia visto entrar: pero todas mis súplicas fueron inútiles para convencer á Eduardo de que se quedara allí conmigo. Por única recompensa del servicio que acababa de hacerme, solo me pidió que le dejase venir á esta casa á tranquilizar á Leonor.... y á V. Se embozó en su capa, caló el chapeo hasta las cejas, y salió con aire maton asustando gentes por esas calles, hecho un contrabandista de la Serranía de Ronda.

Ric. ¿Dónde está, donde está, Eduardo? (*Llorando.*) que quiero abrazarle, apretujarle entre mis brazos. ¡Qué! ¡Si se me saltan las lágrimas como á un chiquillo!

Leon. ¡Cárlos! ¿Has visto en tu vida una conducta

mas noble, mas generosa? ¿Una amistad tan pura no es capaz de conmover un corazon de piedra?

Cárl. Con que se enternezca uno, que seguramente no es de piedra, serémos felices tú, Eduardo y yo. ¡Leonor! yo espero que ese corazon se enternecerá. Todo lo sé.

Leon. ¿Qué quieres decir?

Cárl. Nada. Cuando te digo que lo sé todo.... Eduardo me lo ha contado. En medio de los peligros que á ambos nos cercaban, el pobre muchacho solo pensaba en tí.

Ric. ¿Qué es eso? ¿Qué hablais por lo bajo? Alguna conspiracion. ¡Revolucionarios!

Leon. Si, para conspiraciones estamos. Tengo una inquietud por tí, Cárlos.... Si llegan á descubrir que estás aquí....¡Dios mio!

Cárl. No; no creo que lo descubran. En todo caso, tu, Leonor, asómate con disimulo al balcon del comedor que da á la calle, y apenas veas que rondan la casa, vienes corriendo á avisármelo. Esta vigilancia es indispensable. Ademas, tengo que hablar á solas con papá.... de tí, Leonor.... de Eduardo.

Ric. Si.... vé.... y no te separes del balcon.

Leon. No hay cuidado.

ESCENA VI.

DON RICARDO. — DON CARLOS.

Ric. ¿Con qué realmente no tienes ninguna inquietud?

Cárl. Por mí, ninguna. Pero la tengo por otro; por una persona que es para mí tanto como un hermano; en una palabra, por Eduardo.

Ric. ¿Corre algun peligro?

Cárl. Eduardo sufre, y V., que tanto le debe, puede aliviar sus amarguras. Eduardo es desgraciado, y una palabra de V. puede hacerle feliz. ¡Padre mio! ¿tendrá V. la crueldad de no pronunciar esa palabra? ¿Podrá V. hacer eternamente desgraciado al jóven á quien yo debo la vida, y V. y Leonor un hijo y un hermano? No, no lo puedo creer. Conozco demasiado el buen corazon de V. para imaginarlo.

Ric. Pero, hombre, tu no reflexionas que Eduardo....

Cárl. Es nuestro mejor, nuestro único amigo verdadero. Sus opiniones políticas le parecen á V. un obstáculo para darle el nombre de hijo.... Pues bien.... igualmente puede V. renunciar á dármele á mí, porque sus opiniones son las mias.

Ric. ¡Cárlos!

Cárl. Si; hoy lo he probado: hoy he dado á mi ciudad natal una prueba de la mudanza de mis opiniones. Ahora ya nadie puede dudarlo. Dos heridas recibí esta mañana en defensa de la libertad. (*Señalando el pecho*) Aquí están, aquí las conservo con orgullo para recordar á mi patria ofendida, que ya soy digno de ser su hijo. Este bautismo de sangre lavará mis culpas pasadas, lo espero; y esta esperanza es para mí la felicidad suprema.

Ric. Te han herido.... ¡Pobre Cárlos! ¿Y quién ha sido el bribon?....

Cárl. No: yo bendeciré estas heridas, sí á ellas deben algun dia su felicidad mi hermana y Eduardo. Las he recibido defendiendo la causa misma que siempre defendió Eduardo. ¿No bastará esto para que V. ame esa causa, padre mio, ó á lo menos para que no crea que son traidores todos los que la defienden?

Ric. Pues señor, está visto.... tu ya no piensas co-

mo yo.... Leonor tampoco.... ¿Qué ha de resultar? Como si lo viera.... ¡Tendré yo tambien que mudar de opiniones y echarme á alborotador!.... ¡Yo!.... ¡con sesenta años!...

Cárl. No, papá; V. pensará como quiera, y no por eso sus hijos le amarémos menos. Pero en fin, ¿consiente V. en que sea Eduardo feliz? ¿en qué lo sea Leonor? Considere V., papá, que uno y otro son muy dignos de serlo.

Ric. ¿Cómo hemos de pensar ahora en esas cosas?

Cárl. No; no digo que piense V. ahora en ello.... pero cuando yo obtenga lo que espero no sin fundamento.... cuando todos juntos emigremos fuera de España.....

Ric. ¡Emigrar! ¡yo emigrar! ¡mi familia emigrar! Primero.... Viajar, correr mundo, establecernos en otro pais, santo y bueno. ¡Pero emigrar! ¿Pues qué hemos hecho nosotros para emigrar?

Cárl. V. olvida, papá, que yo soy un traidor.

Ric. ¡Un traidor! no, un patriota.

Cárl. Traidor ó patriota.... todo es uno en el dia.

Ric. Ademas que de algo te han de servir tus méritos pasados.

Cárl. ¡Mis méritos! Pues si lo que he hecho hoy no bastara para borrarlos, volveria á hacerlo mañana, hoy mismo.... Pero no mudemos de conversacion.... En nombre de Leonor, en el mio.... en el de mi gratitud, ¿concede V. á Eduardo el título de hijo?

Ric. Bien: ya hablarémos de eso.

Cárl. No; ahora mismo. ¿Pero qué dudo conociendo el buen corazon de V.? Estoy seguro de que V. lo desea tanto como yo mismo.-- ¡Eduardo, Eduardo!

ESCENA VII.

Dichos. — EDUARDO.

Eduar. ¡Cárlos! tu aquí.

Cárl. Ven á abrazar á tu padre.

Eduar. ¿Es posible, Don Ricardo? ¿Puedo creer lo que me dice Cárlos? ¡Ah! si fuera cierto....

Cárl. Si, si, es cierto; pero déjalo ahora; no insistas. Cuando esté mas tranquilo por nuestra suerte, él cederá.

Eduar. Tienes razon. ¿Como ha de estar tranquilo ahora? Tú, Cárlos, has cometido una imprudencia en venir aquí. Si algun espía te hubiese visto entrar..... ¡Oh Dios mio!

Cárl. No lo creo: y en último resultado ¿qué podria suceder? Que uno y otro moririamos gloriosamente por la patria.

Eduar. ¡Morir! Calla, calla. ¡Oh! ¡Si vieras como amo la vida en este momento! Yo tambien la he despreciado, Cárlos: he deseado la muerte mas de lo que puedes tu desearla, cuando las crueles palabras de tu padre me quitaron toda esperanza de felicidad. Entonces hubiera bendecido la mano piadosa que me arrancara esta miserable existencia, condenada á un eterno infortunio. ¡Pero ahora, Cárlos! ¡despues de lo que acabas de decirme! ahora defenderia mi vida como el mas precioso de los bienes, porque estoy seguro de que mis últimos momentos, en la situacion en que se halla ahora mi alma, serian una série de profundas agonías.

Ric. Dice bien; dice bien.

Eduar. ¡Oh, no hables de morir, Cárlos! vivamos, vivamos para ser felices. ¿De que serviria á la pa-

tria nuestra temprana muerte? Demasiada sangre preciosa ha corrido ya en esta funesta guerra: demasiada sangre correrá todavía en desagravio de la libertad mal defendida. ¡Oh! ¡no hables de morir, Cárlos! tus palabras me despedazan el corazon.

Ric. Eso es hablar con juicio, eso. Tu siempre serás un tarambana.

Cárl. Pues entonces pensemos en los medios de evitar los peligros que nos amenazan.

Eduar. Dices bien; pensemos en ellos. Cualquier medio, con tal que nos salve la vida, será bueno. Salgamos cuanto antes de España.

Cárl. Eso mismo he pensado yo. Cuento con una esperanza, que probablemente no me saldrá fallida; y si mi impaciencia por venir á ver á mi padre y á mi hermana, no me hubiera hecho olvidarlo todo, tal vez hubiera traido buenas noticias.

Ric. ¿Cómo?

Cárl. Cuento con la proteccion de,...

ESCENA VIII.

Dichos. -- LEONOR *que entra precipitadamente.*

Leon. No hay que perder un momento. La casa está rodeada de soldados y paisanos, y á lo que he podido conocer por sus movimientos, parece que hablaban de entrar aqui.

Ric. ¡Dios mio!

Cárl. ¿Qué dices? Algun traidor me ha conocido al entrar y vienen á buscarme: acaso á tí tambien, Eduardo.

Leon. Por Dios; no hay que perder un momento. Escondete en cualquier parte.

Eduar. ¡Ah! ¡Todo se acabó! (*Se sienta.*)

Ric. ¿Pero qué hemos de hacer ahora? ¿Dónde podeis esconderos? ¿Dios mio, Dios mio, qué va á ser de nosotros? ¡Pobre Cárlos! ¡y tu, Eduardo!

Eduar. No: estoy seguro de que á mí no me han conocido.

Ric. ¡Egoista! Y el pobre Cárlos.... le van á prender.

Cárl. ¡Calle V., papá: no diga eso por Dios! Yo nada temo por mí. Con solo que pueda ganar tiempo.... salir á la calle....

Eduar. (*Pensativo y hablando consigo mismo.*) De un modo ú otro, mi vida no puede durar mucho tiempo. Apenas empieza á brillar para mí alguna vislumbre de felicidad, al punto se desvanece como un sueño. ¡Oh! ¡no me hizo el cielo para ser feliz!

Leon. ¡Silencio!

Eduar. Está decretado por el destino.... Pues bien; cumplase mi suerte, y que á lo menos, la muger á quien amo con todo mi corazon, bendiga eternamente mi memoria. Esta esperanza me consolará en mis últimos instantes.

Ric. Pero en fin, ¿qué se determina? ¿qué se hace?

Eduar. Serenidad, señores. (*Levantándose.*) Tú, Cárlos escondete en alguna pieza retirada.... yo me esconderé tambien, y puede que el cielo tenga compasion de nosotros.

Ric. Triste recurso es.

Eduar. Pero no hay otro. Haz lo que te digo, Cárlos, sin perder un momento: la menor dilacion puede sernos muy funesta. V. Don Ricardo, quedese aqui para recibirlos si suben.... Y V. tambien, Leonor. — Sobre todo, valor y serenidad suceda lo que sucediere. Es lo único que puede salvarnos en esta terrible situacion.

Ric. ¡Generoso amigo! Yo no se lo que me suce-

de; pero me siento tan animado..... Pues señor, haz lo que dice: á esconderte. Mira; en el camaranchon.

Eduar. No: escondete en algun sitio que tenga salida á cualquier parte.

Leon. ¿Qué ruido es este? ¡Ay que suben!

Cárl. Voy á esconderme. Yo conozco muy bien todos los escondrijos.—Pero tu, Eduardo....

Eduar. Ve, ve: dejame. Yo tambien me esconderé. ¿Dudas? Cárlos, en nombre de tu padre, en nombre de tu hermana, obedeceme. (*Vase Cárlos.*)

Leon. Si, yo te lo pido.

Eduar. Ahora, Don Ricardo, haga V. lo que he dicho. Niegue V. redondamente que está Cárlos aqui, y acaso no insistan.—V., Leonor, tampoco olvide lo que la tengo recomendado. Serenidad, valor. (*Se oyen pasos.*) Ea, ya están aqui. (*Vase.*)

ESCENA IX.

RICARDO. — LEONOR. — UN OFICIAL. — SOLDADOS.

Ric. ¡Ya lo sabes hija mia!

Leon. Psit.

Ofic. Caballero..... Señorita..... perdonen ustedes esta violencia; pero ha sido indispensable. V. sin duda es Don Ricardo Zarela.

Ric. Servidor de V.

Ofic. Pues en nombre del Rey vengo á apoderarme de la persona de su hijo de V. Don Cárlos Zarela, teniente de lanceros en el ejército de la fé, que llegó esta mañana á Cádiz, agregado á un regimiento francés, y se halla actualmente escondido en esta casa.

Ric. Mi hijo no se halla en esta casa; y ademas, aun cuando se hallara en ella, ignoro que delito

sea el suyo para que se haga con él semejante tropelía.

Ofic. En primer lugar, no me cabe duda de que su hijo de V. se halla aqui. Lo sé positivamente, y es inútil negarlo. En cuanto á su delito, no puede ser mayor. Ese jóven ha propalado esta mañana en la plaza de San Antonio gritos sediciosos, acompañados de actos de violencia contra las tropas auxiliares de S. M. Este horrible delito le coloca en la categoría nada menos, que de reo de alta traicion.

Leon. ¡De alta traicion! ¡Dios mio! ¿y no habrá piedad para él?

Ofic. Eso es lo que no puedo decir á V., Señorita: á la Comision militar extraordinaria que se acaba de reunir para juzgar y castigar con la debida prontitud estos delitos, le toca decidirlo.

Ric. Ya le he dicho á V., caballero oficial, que mi hijo Don Cárlos no se halla en esta casa. Como es de este pueblo y tiene en él muchos amigos, acaso se habrá refugiado en alguna otra.

Ofic. Esa negativa es inútil, Don Ricardo, é indigna de su caracter de V. Sé que Don Cárlos se halla en esta casa, y mi deber exige que no salga de aqui sin él. Espero, pues, de la discrecion de V., que no me obligará á recurrir á una violencia, que me seria muy desagradable.

Leon. ¡Oh! ¡piedad, piedad!!!

Ofic. Crea V., Señorita, que esto no depende de mí, y que si dependiera.... Pero un militar no tiene mas voluntad que la de sus gefes. Permitan ustedes que pase con algunos soldados á registrar la casa.

Leon. ¡Oh! ¡Por amor de Dios! (*Va oscureciendo.*)

Ofic. (*A dos soldados.*) Ustedes queden ahi de centinela, y que no salga ni entre nadie. (*A otros soldados.*) Ustedes vayan delante.

Ric. ¿Pues no le he dicho á V. ya?....

Leon. ¡Por el amor del cielo, piedad, piedad para nosotros! Considere V. su juventud...

Ric. No está: lo juro por lo mas sagrado, que no está.

Ofic. Adelante. (*A los soldados.*)

ESCENA X.

Dichos. — EDUARDO.

Eduar. Basta ya de fingir, padre mio; esa disimulacion es tan inútil como indecorosa.

Leon. ¡Oh!!

Eduar. Caballero oficial, escusa V. registrar la casa, y hacer una ofensa á una familia honrada. Yo soy Don Cárlos Zarela, y me entrego voluntariamente á la justicia.

Ofic. Haceis bien. Yo haré presente esa circunstancia á los miembros de la comision militar.

Eduar. Supongo, caballero, que no correrá tanta prisa el cumplimiento de vuestras órdenes, que no me deje lugar para decir algunas palabras de despedida á mi padre y á mi hermana.

Ofic. Bien; pero no alargueis inútilmente estos crueles momentos. Entre tanto yo me retiraré á esa pieza inmediata con mis soldados.

Se retira el oficial á una pieza inmediata dejando abierta de par en par la puerta del foro, por detrás de la cual se le vé pasar lentamente y tambien á los soldados.

Eduar. Don Ricardo, ¿está V. contento de mí?

Leon. ¡Dios mio!

Eduar. Leonor, no hay que abatirse: este momento es cruel, para mí sobre todo; pero piense V. en

su hermano, amiga mia, en ese hermano querido. El vivirá, y cuando todos ustedes se hallen seguros en algun clima estranjero, cuando ya no quede de mí mas que mi nombre, Cárlos y V. pensarán alguna vez en este amigo que los amaba tanto, y darán alguna lágrima á mi memoria.

Leon. ¡Dios mio, Dios mio! tened compasion de mí.

Eduar. (*La toma las manos con ternura.*) ¿Para cuando es la virtud, Leonor, para cuando es la fuerza de alma, sino para estos amargos momentos de la vida? Mas tarde, mas temprano, yo debia morir pronto: aun no hace mucho que se lo dije á V., Leonor. La desesperacion ha echado en mi alma raices demasiado profundas; la suerte me ha tratado desde mi infancia con demasiada crueldad para que pudiera yo esperar dias serenos de calma y felicidad. Ahora á lo menos sucumbo á tiempo: mi muerte puede ser útil á un amigo, á un hermano. ¿No vale esto mas, Leonor, que morir en un suelo estraño donde todos pasaria con indiferencia delante de mi sepulcro, viendo esculpido en su losa un nombre estranjero, desconocido? ¿No vale esto mas que arrastrar por algunos años todavía una existencia inútil, dolorosa para mí?

Ric. ¡Eduardo! ¡Hijo mio!

Eduar. Y V. Don Ricardo, V. que siempre ha sido para mí un segundo padre, piense V. tambien en mí alguna vez; y si acaso un dia encuentra V. en el suelo hospitalario de la Inglaterra al hombre desgraciado que me dió el ser, dígale V. que su hijo murió como buen español; que jamas olvidó los dulces nombres de ¡PATRIA! ¡LIBERTAD! que su voz hizo por última vez resonar en mis oidos sobre las arenas de la playa en la noche terrible de nuestra separacion.

Leon. ¡ No, no, Eduardo ! tu no morirás, seria una infamia. ¡ Yo lo descubriré todo !

Eduar. ¡ Calla, imprudente ! ¿ Olvidas que ahora soy Cárlos, tu hermano? ¿que ganarias con descubrirlo? Perder á Cárlos sin salvarme á mí. Leonor, vida mia, tu le abrazarás en mi nombre. Y ahora á Dios. (*á Don Ricardo.*) Cuando venga aquí Cárlos, prométame V. Don Ricardo, bajo su palabra de honor, no dejarle salir á desmentirme y acusarse á sí mismo. Lo ruego, lo exijo..... y la última voluntad de un hombre, que va á morir, es sagrada como la palabra de Dios.

Leon. Pero tu no moriras; no. Yo me echaré á los pies del Gobernador, de la tropa, de todo el mundo. No, no, tu no morirás.

Eduar. ¡ Si Cárlos tambien fuera á hacerlo !.... (*hablando consigo mismo.*) Me han prometido que no le dejaran salir; pero..... ¿ quien sabe ? No, esto es mejor.

Ofic. El tiempo se pasa, Don Cárlos, y esa escena dolorosa.....

Eduar. No debe prolongarse mas tiempo: tiene V. razon.-- Caballero oficial, (*llamándole ap.*) tengo que pedir á V. un ligero favor, y estoy seguro de que no se lo negará á un compatriota desgraciado. Sé que ya no me queda ninguna esperanza, y que la comision Militar al instante me sentenciará á muerte.

Ofic. Yo no sé.....

Eduar. Yo le agradezco á V. ese consuelo que quiere darme; pero es inútil: tengo bastante fuerza de alma para soportar la idea de la muerte. Mi padre ó mi hermana en el esceso de la desesperacion, pueden salir de aquí, seguirme; y esto solo produciria una escena dolorosa, sin serme ademas de ninguna utilidad. El favor que tengo que pedir á V. es que,

hasta que esté ejecutada mi sentencia ponga V. un centinela á la puerta de la calle que no deje salir á nadie.

Ofic. Lo haré; lo prometo.

Eduar. Gracias. Don Ricardo, apenas salga yo á la calle, haga V. que suba Cárlos al piso segundo y se esconda; porque al fin, apenas lleguemos al cuartel, no pueden menos de conocerme y de volver por él. Entre tanto, tiempo tiene para subir á otro cuarto, y estar escondido allí por si vienen. Que se escape por la azotea y se refugie en otra parte. Sobre todo, que no salga por la puerta que dá á la calle. ¡No lo olvide V. por Dios.!

Ric. Bien, bien. (*Todo esto en voz baja.*)

Eduar. Ahora, ¡padre mio! ¡hermana! (*Los abraza.*) ¡á Dios, á Dios para siempre!—Vamos.

ESCENA XI.

LEONOR. — DON RICARDO.

Leon. ¡Cielo santo! (*Se sienta llorando amargamente.*)

Ric. ¡Pobre Eduardo! ¡Ah! ese sacrificio me parte el corazon! ¡Pobre muchacho! (*Se arrima al balcon.*) Allí vá; mírale, Leonor: allí vá en medio de los soldados, tranquilo, sereno, como si caminára á una fiesta. ¡Qué pálido está! ¡Cuánta resignacion respira en sus miradas! Ahora dirije la vista hácia aquí. A Dios, á Dios. (*Saludándole con el pañuelo.*)

Leon. No mire V. eso por Dios, papá.

Ric. Dices bien: ese espectáculo es capaz de hacerle á uno aborrecer á los hombres. Ahora falta saber

donde anda Cárlos. Leonor, ¿no piensas en él? Mira que es tu hermano, hija mia.

Leon. Si; tiene V. razon. (*Distraida.*)

Ric. Tu quédate aquí por si acaso vuelven. ¡Ah, lo que me dijo Eduardo al darme el último abrazo! Voy, voy allá.

ESCENA XII.

LEONOR, *luego* RICARDO.

Leon. ¿Hay mas desventuras que caigan sobre mí? ¡Eduardo, querido Eduardo! tu á lo menos no vivirás para llorar como esta infeliz: tú pronto dejarás de padecer. ¡Ojalá muriera yo tambien contigo! ¡Oh! para una desventura como la mia, no hay alivio en el mundo, no hay resignacion que baste para poderla sobrellevar con serenidad. ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿que he hecho yo para ser tan desgraciada? ¡Eduardo, alma mia! acaso en este instante estás escuchando tu sentencia de muerte. ¡Qué horror! ¡Dios mio! tened compasion de mí. (*Cae de rodillas.*)

Ric. Leonor, ¿sabes que no encuentro á Cárlos en ninguna parte? no sé donde ha ido.

Leon. ¿Qué dice V.? esto solo nos faltaba ahora.

Ric. He preguntado á la criada y á Perico, y nada saben.

Leon. Somos desgraciados, papá: lo somos muy de veras. ¿Que podemos hacer contra la suerte?

Ric. Si yo no me vuelvo loco hoy, es porque Dios no quiere. Cárlos seguramente habrá salido de casa, y vaya V. á saber donde estará..... ó si le habrán cojido.

Leon. Si; ¡quien lo ha de saber! (*Muy abatida.*)

Ric. ¿ Te acuerdas la puerta aquella que dá á la escalerilla..... aquella por donde se sale al patio..... que no tiene llave ni se usa hace mas de cien años.... aquella.... ¿ Pero tú no me oyes ?

Leon. Si , si.

Ric. Pues me la he encontrado abierta y toda descerrajada ; con que la habrá echado abajo de un empellon, ó que sé yo. ¿Pero donde habrá ido ese chico?

Leon. Puede que esté en seguridad si ha encontrado quien quiera darle un asilo.

Ric. He aqui las terribles consecuencias de las guerras civiles. Ese muchacho, en su mismo pueblo , acaso no encuentra quien consienta por piedad en darle un asilo. Acaso alguno.... ¿ Pero qué veo ?. ... ¡ Cárlos ! Leonor , mirale ; es Cárlos. (*Sale por la puerta de la izquierda.*)

Leonor está tan abatida y distraida , que no le ha visto entrar.

Leon. ¡ Cárlos !

Ric. ¡Qué pesadumbre nos has dado ! y tu andarias por ahi....

Leon. ¡ Mientras el pobre Eduardo !...

Cárl. No: V. no me hace justicia , papá. V. no sabe las noticias que le traigo. Leonor , enjuga esas lágrimas , y escuchame con atencion.

Ric. Eso será muy bueno para luego ; pero ahora no hay que perder un momento. Eduardo me lo encargó. Puede que vuelvan.....

Cárl. ¿ Y qué importa ? que vuelvan.... aqui los espero : ya nada temo ; nada. *(Saca un papel.)* Tengo aqui mi pasaporte para salir de España.

Ric. ¿Cómo ? te han perdonado.

Cárl. Me escondí en el cuarto que sale á la escalerilla ; ví la puerta jalbegada ; empujo ; empieza á ceder ; empujo mas ; cae ; salgo á la escalera ; me acuerdo de que por allí me escapaba yo de mucha-

cho para ir á jugar á la calle. Me embozo en la capa de Perico: salgo al patio y llego á casa del gobernador francés.... me echo á sus pies.... se lo cuento todo. El gobernador es un caballero.... un buen amigo.... se compadece de nuestra situacion, y este es mi pasaporte.

Ric. ¡Dios le bendiga!

Leon. ¡Y el pobre Eduardo!.... no sabes que se le han llevado preso: le van á fusilar.

Cárl. ¿Leonor, no te he dicho que enjugues las lágrimas? ¿Te he engañado alguna vez? Aqui tienes tambien un salvo conducto para él. Su pasaporte para salir de España en el término de veinte y cuatro horas. El general francés autorizado por el decreto de Andujar, le reclama como prisionero de guerra -- para ponerle en libertad.

Leon. ¡Dios mio! Acaso sea ya tarde para salvarle. Vuela, Cárlos; vuela á buscarle. Se ha formado una comision militar.

Cárl. ¿Qué dices? ¡Oh! Allá voy. (*Vase.*)

Ric. Si.... ve.... salva á ese escelente amigo.

Leon. (*Asomándose á la ventana.*) ¿Qué es esto? ¡Un centinela á la puerta! Papá, venga V. á ver: no le dejan salir.

Ric. (*Llamándole.*) Cárlos.... no te obstines..... Vuelve atrás.

Leon. Silencio. Dejele V. que cumpla su obligacion. ¡Eduardo no se volvió atrás.... V. se guardó muy bien de decirle que se volviera atrás! (*Todo esto con mucha energia.*)

Cárl. ¡Oh! cada momento que pasa es un siglo de agonía. No hay remedio: no puedo salir. ¡Maldicion! ¡Pero ah! la otra puerta.... (*Se encamina hácia ella.*)

Leon. ¿No puedes salir? ¡Eduardo pudo salir para tí, Cárlos!

Cárl. Pues bien; aunque me atraviesen con las bayonetas, allá voy.

Ric. Aguarda, Cárlos. (*Desde el balcon.*) Aqui vuelve el oficial que se llevó á Eduardo. ¿Que querrá? Vendrá á prenderte, porque le hemos engañado. Aqui sube.

Cárl. ¡Oh! ¡Gracias al cielo! Ahora todo se aclarará.

Leon. ¡Si, Dios mio! puede que aun sea tiempo para salvarle.

ESCENA XIII.

Dichos. -- EL OFICIAL. -- SOLDADOS.

Ofic. No creí, caballero, que una persona de respeto como V., me hubiese espuesto á un bochorno semejante, engañándome de un modo.....

Cárl. Perdone V., caballero Oficial; creo conocer la queja que tiene V., contra mi padre.... y aqui nadie hay culpable sino yo. Por lo demas, no puede V. menos de agradecer á la casualidad que le haga ser testigo de una accion tan heroica. Pero no perdamos tiempo. Aqui está mi pasaporte y tambien el de D. Eduardo Villalar.

Ofic. ¡El de D. Eduardo! Mucho me temo que sea ya tarde. La comision militar acaba de sentenciarle á muerte.

Leon. ¡Dios mio!

Cárl. ¡A muerte! ¡Qué horror! ¡Oh! yo sabré impedirlo.

Ofic. Si hubiese V. llegado un momento antes....

Cárl. ¿Pues qué no es tiempo ya?....

Ofic. Todavía no puede haberse ejecutado la sentencia; pero no tardará.

Cärl. ¡ Infeliz ! Voy volando.

Leon. ¡ Si.... vé.... vé por amor de Dios !

Cárl. Fia en mí , Leonor. ¿ Pero qué es esto ?

Se oye tocar un redoble de tambores: todos quedan en la mayor ansiedad. Un momento despues se oyen á lo lejos cuatro tiros , y el toque de una campana.

Leon. ¡ Oh !

Ofic. (*Se quita el chacó y baja al suelo la punta de la espada. Es enteramente de noche.*) ¡ Pobre Eduardo ! Pidan ustedes á Dios por su alma. ¡ Ya está ejecutada la sentencia de muerte!

FIN.

NOTA.

Por razones que no es del caso especificar, se varió en la representacion el final de este drama, desde la última esclamacion de Leonor. Los Señores Directores de los teatros de las provincias que gusten ponerle en escena, podrán elegir entre el final que va espresado y el que se representó en Madrid, que es el siguiente.

Leon. ¡Oh! (*Aterrada.*)

Ofic. Pidan ustedes á Dios por su alma. (*Vase con los soldados. Es enteramente de noche.*)

Cárl. ¡Horror!!! ¡Esclavos! ¡Derramad la sangre del libre! ¡si, esa sangre preciosa, ese santo rocío fecundizará nuestro suelo; hará--brotar en España el árbol de la libertad!! ¡VIVA LA LIBERTAD!!!

Este drama es propiedad legítima de su Autor, quien perseguirá ante la ley al que lo reimprima.